

SPECULUM MIRABILE

¿En qué medida somos deudores, nosotros los medievalistas españoles de hoy, del medievalismo francés?

Pasemos individualmente revista a los volúmenes alineados en cada una de nuestras bibliotecas particulares; visitemos los anaqueles de los Departamentos universitarios que nos ha correspondido crear, dirigir o simplemente utilizar; ojeemos las papeletas confeccionadas con destino a nuestros cursos y trabajos; las notas conservadas de nuestros lejanos tiempos estudiantiles; el fichero de nuestra más personalísima y, ¡ay!, inalcanzada desiderata bibliográfica...

Fuera del campo hispano, más profunda y lógicamente roturado con instrumental *made in Spain* (de aplicación cada día más reducida al ámbito de la respectiva área del cercano entorno), puede decirse que la nómina de autores de nuestro personal utillaje está constituida por autores mayoritariamente franceses o de lengua francesa.

Manuales, síntesis y monografías de temas más o menos generales, doctrinales y metodológicos sobre Historia medieval no estrictamente española (y algunos también de esta misma adscripción temática) monopolizan en gran parte la naturaleza gala de sus autores. Ellos constituyen el grupo principal de los que D. Ramón Carande llamaría nuestros «acreedores preferentes».

Sin menoscabo, en conjunto, de los nombres italianos, ingleses y alemanes —por este orden— que aparecen en el repertorio referencial del actual medievalismo hispano, los de Marc Bloch, Louis Halphen, Joseph Calmette, se delinean aún en el lejano horizonte modélico de la primera línea generacional. Más allá, todavía resuena el eco de los de Henri Pirenne y Jan Huizinga (en la versión naturalmente francesa de éste).

Tras ellos, otras estrellas francesas vienen ejerciendo sucesivamente ante nosotros análoga función de atracción y guía: Duby, Mollat, Heers, Le Goff...

Y, de pronto, toda la galaxia del medievalismo francés presente se nos ofrece ahora en la imagen de su obra conjunta, reflejada en un libro cuyo título es casi su mismo nombre: *L'Histoire médiévale en*

*France. Bilan et perspectives*¹. El reflejo de veinte años de labor (1969-1989), analizada y sistematizada por muchos de sus protagonistas.

«Todo empezó...» podríamos por nuestra parte comenzar a narrar, con la constitución en 1969, bajo el impulso del prof. de la Sorbona Edouard Perroy, del anticipado equivalente francés de la española Sociedad de Estudios Medievales.

Al congreso reunido con tal objeto en Niza concurren en aquel año cuarenta asistentes. En su vigésimo aniversario, celebrado en París, la «Société des historiens médiévistes de l'Enseignement Supérieur» contó ya con trescientos cuarenta afiliados. La reunión tuvo como tema general la reflexión analítica sobre el «estado de los problemas» de la historiografía medievalista francesa, a la luz de su tratamiento durante el mencionado período.

Una *mise à point*, de hecho, que enlaza con la ofrecida en 1965 por el «Comité Français des Sciences Historiques» al Congreso Internacional del mismo nombre celebrado en aquel año en Viena, bajo el título de *Vingt-cinq ans de la recherche historique en France (1940-1965)* (¡qué extraordinaria publicación ésta, harto más que la que pudiera pensarse mera consignación bibliográfica! Y qué pocos historiadores españoles, apenas los inscritos en tan importante cónclave internacional —unas pocas decenas— habrán podido beneficiarse de un instrumento de la calidad y el valor práctico de la citada publicación)².

También la que ahora comentamos, ceñida a la parcela medieval, pero desarrollada a lo largo de casi seiscientas páginas, rebasa con mucho, y no sólo en cuanto a extensión, el contenido de lo que hubiera podido ser un simple repertorio enumerativo. O nada menos que todo eso.

Son por el contrario veinte *rappports* redactados por setenta autores, cuyo simple índice es ya todo un cuadro analítico de la realidad histórica medieval. Rasgos temáticos algunos que, si no hemos visto nacer, sí al menos hemos visto cobrar primer plano de actualidad durante la etapa contemplada.

Tal la historia campesina, de la que Robert Fossier y sus colaboradores nos brindan las líneas de su progreso innovador, prácticamente

¹ Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur, textes réunis par MICHEL BALARD, Editions Du Seuil, París, 1991, 572 pp.

² Tendencias y realizaciones historiográficas, enseñanza, investigación, centros, publicaciones periódicas, tesis doctorales inéditas... Todo un universo orientador e informativo. Complemento en cierto modo entonces del gran horizonte teórico coordinado por Ch. Samaran en el insustituible volumen sobre *L'Histoire et ses méthodes*, París, Gallimard, Encyclopedie de la Pleiade, 1961.

a partir de «la belle synthèse de G. Duby sur *L'Economie rurale et la vie des campagnes*» aparecida hace un cuarto de siglo.

Comprobamos aquí que el estudio de la economía agraria se ha visto enriquecido durante este tiempo con la incorporación de los objetivos de la arqueología rural, la ecología retrospectiva, los métodos de la etnohistoria, el estudio de las técnicas agrícolas, etc.

Como la historia urbana (en este caso en su aplicación a la Francia de los siglos X al XV) ha sido desarrollo de los problemas armónicamente plantados en 1975 por J. Schneider —gran presidente que fue del Comité Francés de Ciencias Históricas—, asentada su renovación sobre los materiales bibliográficos reunidos por Dollinger, Wolff y Guené (1967); como los cartográficos y planimétricos lo están sobre los del *Atlas historique des villes françaises*, en curso de publicación por el CNRS desde 1982.

La panorámica presentada por R. H. Bautier sobre los estudios de Historia económica y social es sencillamente magistral, como cabía esperar de tal maestro de la Archivística y la Documentalística, director y autor a un mismo tiempo de un exhaustivo repertorio de *Sources* de tal nombre. Todos los aspectos de la vida social y económica medieval están contemplados en su síntesis, pero cabe señalar entre ellos como más innovadores y vigentes los referidos a la pobreza y marginación, las «conmociones» populares, la «demografía diferencial» (infancia, ancianidad), las técnicas (con sorprendente riqueza informativa —para el suscribiente— de la explotación minera durante los siglos referidos), etc., etc.

A quienes todavía no se hayan enterado del *revival* de la Historia política de los últimos tiempos les será muy útil leer las páginas dedicadas a esta "*cathégorie historiographique*" por F. Autrand, D. Barthélemy y Ph. Contamine. Un epígrafe susceptible de ser sustituido por las expresiones de «Estado», «poder o poderes públicos» y justificarse hasta en la prosopografía en cuanto «sociografía de las instituciones» y «sociedad política». (Preciso será detenerse, por supuesto, en el sentido de las breves concepciones de tales innovadores enunciados).

Los aspectos estrictamente histórico-eclesiásticos (M. Pacaut y B. Guillemin) ensanchan ampliamente su perspectiva con la consideración de los referidos a las mentalidades religiosas que tratan André Vauchez y sus colaboradores. En ella se consuma la alternativa señalada por Le Bras en 1945: «Autant que les dieux, regardons leurs adorateurs», como *tournant* metodológico de la Historia de las Religiones. Transformación de ésta en sociología religiosa histórica, estudio de comportamientos religiosos —psicológicos y formales— como las famosas «actitudes ante la muerte», la religiosidad —y la piedad— popular, in-

cluida la *superstitio*, los «poderes informales» (santidad, taumaturgia, profecía), las desviaciones heréticas, etc. Aspectos todos que permiten, en el sentido que en las propias páginas se explica, llegar a formular este interrogante, sólo a primera vista caricaturesco: «L'Occident médiéval fut-il chrétien?».

Jacques Verger encabeza el grupo de los estudiosos de la Historia intelectual («savante, latine, théorique», no contrapuesta, pero sí diferente de la «populaire, vulgaire, pratique»); en algún sentido heredera de la antigua «Historia de las ideas» y que podríamos denominar «Historia de los saberes». *Corpus* que exige una fuerte especialización por parte de sus contribuyentes, diferenciados en campos de varia disciplina o enciclopédicos, como es el caso de Guy Beaujouan dentro de los ámbitos que entre nosotros roturaron con análoga pericia los profs. Millás Vallicrosa y Juan Vernet.

[Digamos que al aspecto sociológico de este compartimento, perfilado en su día por J. Le Goff en su obra ya clásica *Les intellectuels au Moyen Âge* (París, 1957), cabría aplicar las interesantes consideraciones expuestas por María Teresa Fumagalli en la obra colectiva coordinada por el expresado autor, *El hombre medieval* (ed. castellana, Madrid, Alianza Editorial, 1990); sobre la base de entender a aquéllos, como ya escribió B. Guenée, como «nos lointains camarades, nos dignes collègues»].

Un conjunto de disciplinas históricas que didácticamente suelen tratarse en los planes de estudios universitarios como equivalentes y paralelas de «la» Historia *tout court*, son analizadas también en cuanto participantes del interés de lo medieval. Así la Historia literaria (o de la Literatura), diferenciada tanto de su manifestación filológica como de la Historia de la crítica literaria; la Arqueología medieval, cuyo *essor* hemos visto suscitarse y desarrollarse espectacularmente en nuestros días, disciplinándose en síntesis procedimentales tan eficientes como el conocido manual de Bouard; la Historia del Arte, en cuyo seno la Iconografía ha alcanzado también en tiempos recientes sustancial incremento; y la Antropología, cuyos métodos y conceptos modernos han aportado a la Historia (también la medieval) no menores recursos y frutos: historia de los comportamientos y las costumbres, estructuras y relaciones familiares, etc.

Otro grupo de capítulos o *rappports* se presenta orientado desde los puntos de vista cronológicos, «culturales» o geográficos. Entre los primeros, los consagrados a la Alta Edad Media occidental (Pierre Riché y otros); entre los segundos, los relativos a las especialidades bizantino-orientales (con autores tan caracterizados como Michel Balard y Jean Richard); el muy específico del mundo árabe-musulmán, de cuya pro-

yección hispana hablaremos más adelante; el relativo al África medieval (medieval: «un concept peu adéquat pour l'Afrique»), al que Jean Devisse aporta experiencias bien probadas, como las derivadas de su voluminosa obra *L'image du Noir dans l'art occidental* y directrices sugestivísimas, unas ya realizadas, como las relativas a los viajes transaharianos, el comercio del oro y las relaciones euroafricanas (F. de Medeiros) y otras en vías o en espera de publicación (tesis doctorales en diversas Universidades del continente africano).

No podemos dejar de destacar entre el grupo de especialidades consagradas a Historias hoy «nacionales» de la Europa medieval, la dedicada a la península ibérica. Nuestra colega y semiconvecina de la capital madrileña Adéline Rucquoi presenta a sus colegas no *hispanisant* un cuadro del hispanismo medievalista francés sumamente expresivo y certero. Parte de las significaciones preliminares de las fechas-hitos de nuestra privativa Edad Media (409-587-711/1474-1492-1504-1516) y de las internas polémicas de nuestra historiografía relativamente reciente, para definir e interpretar unos conceptos unitarios o sintéticos del sujeto político español medieval. La consignación de los autores compatriotas suyos que durante los últimos veinte años han contribuido al progreso del medievalismo francés de tema español es para nosotros —aparte su contenido científico— como un directorio amistoso. Remontándonos a antecesores próximos como Pierre David y Marcelin Defourneaux, desembocamos en Jean Gautier-Dalché, Charles Dufourcq, Claude Carrère, Pierre Molénat, Marie-Claude Gerbert, M. Zimmermann, Denis Menjot, Pierre Bonnasia, etc.; derivando con los arabistas Pierre Guichard y Rachel Arié, dignos continuadores a su vez de Lévi-Provençal y Henri Terrasse; tomando tierra en instituciones tan beneméritas como la «Casa de Velázquez» madrileña con sus ediciones de los libros y *Mélanges*, sus coloquios, su excepcional biblioteca, sus directores recientes, Didier Ozanam y el actual Joseph Pérez...

Homenaje a Adéline Rucquoi y a los medievalistas franceses de dedicación hispánica quiere ser nuestra adhesión al deseo expresado en el último párrafo de la contribución de aquella a esta obra:

«Le développement du culte de l'apôtre saint Jacques à partir de la seconde moitié du XI siècle amena de nombreux Français dans la péninsule, et la route qui menait à Compostelle prit rapidement le nom de *Chemin français* magistralement décrit par un Picard. De nombreux chercheurs français ont également pris la route de la péninsule au cours des vingt dernières années pour tenter de comprendre l'histoire. Il ne reste qu'à espérer que beaucoup d'autres suivront la voie ainsi tracée et que leurs travaux jouiront de même intérêt et de

la même diffusion que tous ceux qui concernent l'enfance de l'Europe, cette période appelée *le Moyen Âge*».

Este rebosar, este desbordamiento de los propios límites nacionales por parte de la historiografía francesa y europea en general (británica, germánica, italiana, incluso nórdica), productora del fenómeno del hispanismo y que tan escaso eco de correspondencia encuentra en nuestra producción científico-humanista, se manifiesta, vertido hacia otros polos de atracción, en diversos capítulos análogos al dedicado a nuestra Historia peninsular.

Son los apartados relativos al estudio de los medievos itálico (tan análogo en su estructuración al hispanista, «École Française de Rome» incluida), inglés (J. P. Genet) y continental europeo (central, oriental y septentrional; M. Parisse). A los que, por razón de espacio, no nos es dado sino aludir.

También hemos de hacerlo al conjunto de «Sciences auxiliaires de l'Histoire Médiévale», título que sin duda suscitará la protesta e incluso la ira de alguno de los devotos cultivadores de ellas.

Habrá quien considere, en efecto, minusvalorador o despectivo el calificativo de «auxiliar» aplicado al nombre de su parcela científica. Pero, aun compartiendo su criterio, procederá aclarar que, en este caso, el adjetivo carece de carácter absoluto, inherente a la ciencia que califica, poseyendo en cambio el sentido relativo de «en función de», «respecto a», o «desde el punto de vista de»... la disciplina que utiliza a aquélla instrumentalmente: es decir, la Historia. Lo que justifica la preferente denominación de tales materias como «Ciencias históricas instrumentales» (Expresión que, por otra parte, tampoco despejará universalmente las suspicacias).

En todo caso, y prescindiendo ahora de recoger las aportaciones recientes a la Historia medieval desde los campos de la Archivística, la Paleografía, la Diplomática, la Codicología, la Epigrafía, la Numismática, la Sigilografía, la Onomástica, creemos no deber dejar sin resaltar la afirmación hecha por los comentaristas del quehacer heráldico: las «profundas mutaciones» experimentadas a lo largo de los últimos veinte años por esta disciplina, ocasionadoras de una verdadera «révolution épistémologique» en su seno: la causada por la aplicación de las técnicas semiológicas a sus métodos, productoras a su vez del concepto de escudo armorial como «un objet historique à part entière».

Por otra parte, ya final, la incorporación de los modernos tratamientos del material heurístico permite a estas alturas hablar ya de *Veinte años de Informática e Historia medieval*. Dos indicios resultan especialmente significativos a este respecto: la posibilidad —o la nece-

sidad— experimentada ya en 1975 de reunir en Roma toda una «Table ronde» sobre *Informatique et Histoire médiévale*, y la existencia, también desde la década de los 70, de una publicación periódica titulada «Le médiéviste et l'Ordinateur».

En suma: todo un *Mar de historias* que se ofrece a los medievalistas españoles, miembros o no de nuestra Sociedad, como una envidiable imagen, digna de ser imitada.

Algunas de las contribuciones a la presente primera entrega de nuestro *Boletín* brindan aspectos de lo que sectorialmente podría compararse con la panorámica francesa que hemos querido presentar a nuestros colegas nacionales con verdadero *Speculum mirabile*.

E. BENITO RUANO

BURGUESÍA, COMERCIO Y URBANISMO

«La actividad mercantil es la que, en última instancia, da tono a la nueva sociedad urbana».

En una clarificadora Introducción que, en cierto modo, viene a centrar un ya largo debate sobre el concepto de ciudad medieval, Ruiz de la Peña expone la idea que ha generado el planteamiento de este último trabajo suyo¹. De ahí que, en contra de lo que pudiera sugerir el título de este libro, el autor no haya querido limitarse a analizar el hecho económico en sí mismo —a ello dedica preferentemente sólo el último de los capítulos de la obra— y prefiriese, con una intención totalizadora, abarcar los diferentes aspectos que definen a la «ciudad-mercado», en la que cada uno de los rasgos propiamente urbanos vienen determinados por la función comercial.

El autor ha optado, y creo que acertadamente, por combinar dos métodos de trabajo complementarios: un primer análisis de carácter evolutivo, aplicado preferentemente al estudio global de los diversos factores que concurren en el desarrollo de las estructuras urbanas (cap. 1), con el más sincrónico y profundo de la burguesía y sus actividades económicas, y con especial incidencia de las comerciales, en el transcurso de la decimotercera centuria; período durante el cual «las actividades mercantiles, en sintonía con la plenitud del desarrollo demográfico, la cristalización del artesanado local, la madurez del entra-

¹ JUAN IGNACIO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR, *El comercio ovetense en la Edad Media. I: De la «civitas» episcopal a la ciudad mercado*, Edición de la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Oviedo, Oviedo, 1990, 236 págs.

mado institucional e incluso la definición precisa de la morfología urbana, fijarán ya la imagen histórica de la ciudad» (p. 13).

Quizá una de las mejores muestras de esa madurez urbana sea la abundante producción documental del Oviedo del siglo XIII. Más de 1.500 pergaminos sueltos —unos mil aún inéditos—, emanados de los activos *scriptoria* eclesiásticos de la ciudad, los expresivos obituarios catedralicios, las Actas y Ordenanzas concejiles, conforman un rico *corpus* documental que Ruiz de la Peña conoce a la perfección y ha sabido utilizar profusamente para realizar un estudio puntillista, de análisis casi microscópico, de la vida local ovetense en este siglo. Llamam la atención por su exhaustividad los cuadros profesionales que se nos ofrecen, o el cuidadoso trabajo de reconstrucción sociotopográfica del plano urbano medieval (con una precisa identificación de ruas, barrios y parroquias), que constituyen otros tantos logros en esa tarea de «microobservación» que el autor se ha propuesto y que se complementa con el análisis comparativo de otras ciudades de análogas características de la ovetense —son frecuentes las recurrencias a los ejemplos que brindan Burgos o León—. Con ello se logran plenamente los objetivos enunciados: resaltar las particularidades que ofrece el caso de Oviedo dentro de un contexto más amplio encarnado por el modelo específico de desarrollo urbano que brindan las ciudades del camino de Santiago.

De tal análisis surge la imagen del Oviedo de la plena Edad Media como una ciudad que, sin alcanzar la pujanza y dinamismo mercantil de otros núcleos del NW peninsular, como los citados, va a experimentar una notable diversificación socioprofesional (dados los poco más de seis mil habitantes con que contaría en este período). Lo que permitirá el florecimiento de una pujante burguesía mercantil y financiera que el autor no duda en calificar —creo que con toda razón— como de verdadero «patriciado urbano».

Aunque este grupo no va a ostentar la absoluta primacía económica y social, que tendrá que compartir con el alto clero catedralicio, sí va a aspirar y lograr el práctico monopolio del poder político urbano. Ruiz de la Peña, que conoce bien el funcionamiento de la administración concejil ovetense, analizado por él en trabajos anteriores, muestra aquí los mecanismos mediante los cuales el sector más cualificado de la burguesía ovetense va a conseguir copar los órganos de decisión de la vida local. Unos mecanismos ciertamente originales, puesto que, si el control de la actividad productiva de los diferentes oficios estuvo siempre en manos del concejo, fueron los representantes de esos mismos oficios, encuadrados en doce «mesteres», lo que disfrutaron del dominio pleno de los órganos del gobierno local, consiguiendo así, de modo indirecto, la autorregulación de sus actividades económicas.

Una buena muestra de la actividad normativa del concejo, son las dos extensas Ordenanzas promulgadas en los años 1245 y 1274, que contemplan y regulan prácticamente todas las ramas de la producción y del intercambio locales y que vienen a constituir una de las fuentes principales de este estudio.

El comportamiento social de la burguesía y su estratificación interna muy temprana —tal como se pone de manifiesto en el Fuero otorgado a la ciudad por Alfonso VII, en 1145—, ocupa la mayor parte de esta obra y constituye, a mi entender, la mejor aportación del trabajo. De él resalta un vívido retrato de esta pujante clase que Ruiz de la Peña había trazado en sus líneas esenciales en un artículo aparecido hace ya algunos años sobre «La sociedad ovetense en la Edad Media» (*Hispania*, 1967); y que personificó posteriormente en el estudio biográfico de dos de los más cualificados representantes de este grupo: «Alfonso Nicolás, burgués de Oviedo...» y «El mercader Marcos Pérez» (*Asturiensia Medievalia*, 2, 1975).

Esperamos que pronto se complemente la presente obra con su ya anunciada segunda parte, la que con seguridad vendrá a proyectar luz sobre un aspecto de la Historia asturiana que es por ahora mucho peor conocido: el de la articulación de Asturias en los circuitos comerciales atlánticos durante la Baja Edad Media.

SOLEDAD SUÁREZ BELTRÁN

DEFENSA DE LA ZOOHISTORIA

En 1983 tuvo lugar en Spoleto, dentro de las tradicionales Jornadas dedicadas al Alto Medioevo, un programa de estudios dedicados íntegramente a los animales. Concretamente, la *Settimana* se titulaba *L'uomo di fronte al mondo animale nell'Alto Medioevo*. En sendos Coloquios celebrados en Niza a principios de los ochenta también se había tratado el tema zoológico a través de la gastronomía y de la caza: sus títulos fueron *Manger et boire au Moyen Age* y *La chasse au Moyen Age*. Dentro de esta línea apareció también en 1984 una revista pionera en la materia, titulada «Antropozoológica», que hoy cuenta con casi una veintena de números, incluyendo los especiales. El tema, pues, no ha dejado de acaparar la atención de los historiadores y la Zoohistoria cuenta en su haber con una suficiente y reciente bibliografía.

El medievalista francés Robert Delort —también licenciado en Ciencias— ha llevado a cabo por su parte un meritorio trabajo en el voluminoso, bien documentado y mejor ilustrado libro¹, cuyas líneas anteriores a la Introducción explican claramente la finalidad de sus propósitos. La Historia —dice el autor— no sólo concierne a los hombres, sino a los demás fenómenos evolutivos de la naturaleza y de la vida, y en particular a los animales, quienes «también tienen historia». E historia, no sólo en relación con el hombre, sino por sí mismos.

No constituye, pues, esta obra un especial tratado de Zoología, sino una consideración de los animales como otros protagonistas en su interacción con el hombre y en su adaptación al medio.

Las aludidas líneas introductorias nos recuerdan cómo la Historia de los animales es una disciplina antigua, remontable a Aristóteles (si bien éste trató más que de su estudio, de la relación de aquéllos con el hombre, de su propia descriptiva).

Delort arranca de una de las más apasionantes cuestiones para el estudio de esta especialidad: ¿Son los animales de hoy los mismos que los de épocas anteriores? ¿Han cambiado sus relaciones con el hombre?

La Zoología histórica —nos recuerda— ha estado muy próxima de una historia de la Zoología, una vez desgajada de la Paleontología. Los zoólogos medievalistas, desde nuestro san Isidoro, pasando por Jahiz, Avicena o Alberto el Grande, no eran solamente censores librescos, sino también observadores que extraían sus propias conclusiones: por lo tanto, científicos.

El autor hace una defensa de la Zoohistoria colocando al animal en su medio social tanto como en su biotopo, como un conocimiento dentro del contexto humano y nos ilustra con algunas sugerencias metodológicas para el estudio de aquella ciencia. No se trata de escribir, dice, listas rojas y negras para comprobar si los animales eran los mismos hace algunos siglos y para corroborar cómo se han adaptado a las condiciones ecológicas e históricas. El reto consistiría en estudiar las sincronías (¿método comparativo?) en cuyo interior puede llevarse a cabo una búsqueda de orden zoológico: desde los seres unicelulares hasta los primates. Y esquivando un error que estriaría en la subordinación total de la historia de los animales con respecto a la del hombre, subraya lo interesante que ha de resultar estudiar la historia animal en su relación con otros animales.

En la primera de las cuatro partes de que está constituido el libro se analiza el conocimiento de los animales en el pasado a través del estudio de sus fuentes de información. Un primer capítulo ilustra lo

¹ ROBERT DELORT, *Les animaux ont une Histoire*, Paris, Éditions du Seuil, 1984.

que puede ofrecer la arqueozoología o la paleontología —estudio de los restos animales—, así como otros métodos utilizados en estas disciplinas, para finalmente interpretar las variaciones del medio y la fauna. Son los capítulos dos y tres los que más pueden reclamar la atención de los historiadores al pasar revista a las posibles fuentes escritas y documentación de archivo y a otras como enciclopedias, manuales de cría, tratados médicos o farmacéuticos, libros de cocina, etc., que él denomina fuentes didácticas.

Ya en la segunda parte del libro, Delort se centra, a lo largo de cinco capítulos, en los grandes temas que han relacionado a los animales con la historia de los hombres, siguiendo una evolución histórica en la utilización del animal: desde la domesticación, a los animales de compañía. En realidad, su explotación, sea en forma de caza, pesca, nutrición, deporte o placer. Sin embargo, también se presenta al animal como un depredador o un parásito, es decir, utilizando a su vez al hombre. Aquí, sin embargo, en esta última concepción, Delort enlaza —ignoro si conscientemente— con algunas de las corrientes más progresistas de la historia de la domesticación, que mantienen una relación inversa a la hasta ahora propuesta por los biólogos. Según ellas, el medio antrópico habría sido el elemento determinante en la asociación de las especies domésticas, así como las parásitas y las comensales, y los animales, entonces, habrían entrado en contacto con el hombre de una forma voluntaria, nunca obligada.

De acuerdo con sus planteamientos, el autor elige tres animales distintos entre los insectos, los vertebrados silvestres y los domésticos, examinando su respectiva evolución en la historia. Así vamos conociendo la trayectoria específica de la mosca, el saltamontes y la abeja; del arenque, el lobo y el elefante; y, finalmente, del conejo, el gato y el perro.

Es curioso destacar cómo todas las historias de estos y otros animales ofrecen un especial interés al autor en el medievo. El saltamontes, al citar tantas veces sus plagas las crónicas carolingias (y otras); el arenque, al ser pez sagrado, creador de toda una civilización pesquera medieval; la revolución que supuso la utilización intensiva del caballo en los siglos plenomedievales; la asociación entre la aparición de la rata y el empleo del gato, importadas muchas de sus razas a raíz de las Cruzadas; el exótico elefante, objeto de regalo o *souvenir* suntuario; etc.

Las referencias serían interminables. Para nuestro país, por ejemplo, no faltan algunas líneas dedicadas a la importancia de la oveja merina, a los conejos y a la caza, citados a través de libros de montería y otras fuentes iconográficas.

A la época medieval debemos, asimismo, buena parte de la selección de razas de perro, animal por cierto muy apreciado por los bárbaros,

germanos o vikingos, y que tuvo que superar el prejuicio heredado, tanto de la antigüedad como de la tradición judeo-cristiana, que le consideraba como ser impuro y portador de enfermedades.

El libro de Delort posee ciertamente el interés que deriva de profundizar en un tema antiguo, pero «de moda» actualmente en la historiografía europea. Es básico tanto para posteriores estudios, como para aficionados al tema. Los anexos, especialmente la bibliografía, no resultan nada exhaustivos, un tanto sesgada ésta hacia lo francés, aunque los alemanes poseen en este campo una nada despreciable contribución. Todo el estudio, en fin, es particularmente atractivo, al introducir además espléndidas reproducciones de miniaturas conservadas en museos y bibliotecas que se traducen en fuentes vivientes y aportan un gran didacticismo a la obra.

La Introducción y la primera parte son muy valiosas y especialmente entretenido el apartado que enfrenta la historia de los animales con la del hombre. Sin embargo, y a mi juicio, como las tres partes siguientes, en las que pone en práctica el método de desarrollar monografías sincrónicas, privilegiando al animal sobre la historia de los hombres, resultan un poco «cajón de sastre» (si se me perdona la expresión), chocan abiertamente con la línea más rigurosa del apartado anterior. Esto puede ser así porque, en su afán de hacer protagonista al animal, el autor no ha podido mantener el mismo nivel que en un principio presentaba al esbozar unas muy interesantes hipótesis. Su ambición de realizar un libro muy completo le ha restado conclusión, pero no por ello deja de ser extraordinariamente meritorio y valiente.

Dos observaciones, antes de terminar. Delort denuncia cómo el dominio sobre el animal está impregnado de pensamiento judeocristiano; pensamiento que se ha heredado en Occidente, incluso por una sociedad secularizada como la nuestra. «Y esto explica —dice— tanto la crueldad de nuestros antepasados como la indiferencia actual por su sufrimiento». Y la última, pero primera en importancia: la historia del hombre y la del animal son inseparables.

Como muchos otros autores, Robert Delort parece haber descubierto el valor de la Zoohistoria en la madurez de su vida académica. La pregunta que nosotros nos hacemos es: ¿Sería posible abordar una Zoohistoria como proyecto de investigación en el inicio de una vida académica? El «viaje a la inversa» es, por el momento, nuestra intención.

DOLORES-CARMEN MORALES MUÑIZ

DE LA HISTORIA-BATALLA A LA GUERRA COMO HISTORIA

El Tribunal examinador en pleno quedó estupefacto cuando el alumno que aspiraba a nota comenzó su respuesta al tema de «La Guerra de los Cien Años» diciendo:

—Primer día: ...

No es esa ciertamente la actitud metodológica adoptada ante el mismo tema por el autor de la monografía que tenemos entre las manos¹. La historia-batalla hace ya mucho tiempo que está ¿rebasada?, ¿superada?, ¿obsoleta?, en la producción histórica vigente y no hay historiador actual que se precie que «descienda a describir» las operaciones militares de cualquier conflicto bélico, por muy secular que haya sido su duración. Entre la «Guerra de los Seis Días» árabo-judía y la de «Los Setecientos Años» (la «Reconquista» medieval hispana), ni ellas, ni las *intermedias* de los Treinta y de los Cien Años ofrecen gran interés a los investigadores ni al público lector de Historia de nuestros días, en cuanto tales confrontaciones armadas.

Sin embargo, el concreto y escueto título del libro a examinar y otros títulos prácticamente equivalentes han aparecido durante la última década, debidos a historiadores europeos tan presentes y actualizados como E. Perroy, Ph. Contamine, A. Leguai, J. Favier, A. L. Mirepoix y Ch. Allmand, por no citar sino a franceses y británicos, varios de ellos traducidos al español.

Y es que la guerra constituye, por desgracia, un estado histórico del la Humandiad que alguien se permitió definir como normal entre dos intervalos efímeros de paz; del mismo modo que, según el humor negro, la salud no viene a ser sino «un estado transitorio que no augura nada bueno».

El prof. Mitre puede así presentar a la Europa de los siglos XIV y XV como «una sociedad para la guerra», ampliando justamente la definición que de la España coetánea diera el historiador británico E. Lourie. Y delinear en la primera parte de su libro todo un panorama geográfico-cronológico-socio-mental en el que las causas (previas), los móviles (intencionales) y las circunstancias (coyunturales, presentes) explican y componen la realidad histórica envolvente del conflicto.

Concebida así, «la época» es el verdadero marco espacio-temporal en el que se inserta el fenómeno «Guerra de los Cien Años», protagonizado por más de cuatro generaciones e integrante de muchos más

¹ EMILIO MITRE FERNÁNDEZ, «La Guerra de los Cien Años», *Biblioteca Historia* 16, Madrid, 1990, 221 pp.

elementos de los que componen tan sólo la conflagración militar. Ésta es ciertamente un hilo conductor y vetebrador de la vida entera de una población que afecta a muchos otros países o reinos además de los que centran el aspecto estrictamente político del enfrentamiento. Los reinos hispánicos entre ellos.

Las fechas de 1337 y 1453 no son sino meras referencias simbólicas entre las que «a lo largo de los casi ciento veinte años que dura el conflicto, el número de batallas es sumamente bajo; ...posiblemente no lleguen a la decena los grandes choques». Durante ellos, «la confrontación política se acompaña de otra por el control de los mercados». Como cualquier otra guerra, añadiríamos nosotros.

La consideración, no sólo de quienes hacen aquélla, sino de los que la sufren y de quienes la estudian y escriben, viene a ser en cierto modo toda una descripción de los tres órdenes «clásicos» de la sociedad medieval, en relación con el *leit motiv* de fondo de su tiempo.

La segunda parte de la obra constituye un análisis sintético (valga la paradoja, nada contradictoria en sí misma) de ese torbellino violento que arrastra y absorbe todas las manifestaciones históricas de la Baja Edad Media euro-occidental. Un proceso que, en definitiva, producirá como precipitado virtual los condicionamientos prefiguradores del futuro mapa político europeo.

Señalemos por último el carácter didáctico, instrumental, que el libro posee: a la copiosa y bien seleccionada —y utilizada— bibliografía, cabe añadir la relación de hitos cronológicos significativos y una breve selección de textos y documentos congruentemente explicativos.

E. BENITO RUANO